



MIKKI LISH & KELLY NGAI

LA CASA EN HOARDER HILL



Planeta
Junior

CAPÍTULO 1

SOLO SON TRUCOS

Una maraña de tristeza crecía dentro del pecho de Hedy van Beer mientras veía por la ventanilla del auto los campos cubiertos de nieve. Con cada kilómetro recorrido se acercaba más a lo que seguramente serían las dos semanas más aburridas de su vida.

Era tan injusto que sus padres, ambos arqueólogos, fueran a una excavación en España y no los llevaran. Bueno, tal vez sería sensato dejar a Spencer, porque solo tenía ocho años, pero ella ya tenía once, era una Niña Guía y ya había aprendido algunas frases en español gracias a una *app* de idiomas.

—¿Regresarán antes si hay una emergencia? —preguntó.

—¿Qué tipo de emergencia? —respondió papá. Estaba a punto de elegir otra canción en el estéreo, mientras mamá conducía.

—Por ejemplo, ¿si Spencer pierde un dedo porque se lo corté?

Spencer levantó la vista de su libro de trucos de magia.

—El abuelo John es mago y podrá pegármelo con magia.

Hedy sacudió la cabeza.

—Eres tan crédulo.

—¿Qué quiere decir «crédulo»?

—Significa que todo te lo crees. En cualquier caso, ya no es un mago, así que no esperes encontrar nada interesante. —Hedy se inclinó al frente hasta que su rostro se asomó entre los dos asientos delanteros—. Entonces, ¿sí regresarían antes si Spencer se cortara un dedo? Como la magia no es real...

—Depende de cuál dedo —dijo papá.

Mamá ahogó una risa.

—Claro que volveríamos —exclamó al mismo tiempo que doblaba el brazo hacia atrás para acariciarle la mejilla a Hedy—. Pero no trates de crear ninguna emergencia, ¿de acuerdo? Este viaje es muy importante para tu papá y para mí; podría significar que tengamos un montón de trabajo nuevo. Pero te prometo que luego iremos juntos a otros viajes tú, yo, Spence y tu papá.

«Otros viajes». A medida que los campos, los árboles y las colinas pasaban a gran velocidad frente a ella, Hedy se puso los audífonos, se acurrucó envuelta en la bufanda a rayas de su mamá y se imaginó en Egipto frente a las grandes pirámides y la Esfinge. Sin embargo, por el rabillo del ojo notó que papá la

miraba para ver si los estaba oyendo. Cuando papá volteó de nuevo al frente, la chica pausó la música porque sospechaba que estaría a punto de decir algo interesante.

—Estarán bien con él, ¿verdad? —preguntó él en voz baja.

—Por supuesto —dijo mamá—. Es posible que esté preocupado y que sea un poco... raro cuando se trata de sus cosas, pero no permitiría que les pasara nada malo.

—¿Es la época del año en que tu madre...? —Papá dejó la pregunta en el aire y miró de forma compasiva a su esposa. Mamá suspiró.

—Es bueno para él que tenga un poco de compañía aquí. Nunca se queda mucho tiempo cuando nos visita.

Al fin su pequeño auto rojo se detuvo en el centro de Marberry's Rest. Era una aldea demasiado tranquila y desordenada donde solo había unas cuantas tiendas pequeñas. Aunque daba la sensación de ser un sitio que nunca cambiaba, cada vez que la familia de Hedy iba, sus padres se confundían al llegar a la intersección de sus cinco calles centrales.

—¿Por qué nunca puedo recordar cuál es la calle? —murmuró su mamá.

—Dame un segundo —respondió papá y trató de abrir el mapa en su teléfono.

Spencer había agotado el usual montón de paletas que llevaba en el bolsillo y empezó a mordisquear el último de sus sándwiches de queso, como si pensara que estarían allí un buen rato.

En ese momento Hedy detectó que una enorme ave blanca sobrevolaba y aleteaba hacia ellos.

—¿Ese es un cuervo... blanco? —susurró asombrada.

El pájaro voló cada vez más cerca hasta que, para sorpresa de todos, se posó en el cofre del coche. Era enorme, incluso más grande que los cuervos que la niña había visto en la Torre de Londres. Inclínó la cabeza a un lado como si los estudiara y luego graznó. Con un aleteo lento se elevó hacia una de las estrechas calles y todos lo miraron. Mamá parecía congelada en su asiento, demasiado pasmada como para moverse. El cuervo dio una vuelta en círculo y volvió a posarse en el cofre. Saltó hacia el parabrisas y observó con mirada severa a mamá, para luego impulsarse de nuevo hacia la misma calle angosta.

Hedy experimentó una extraña emoción que reemplazó la maraña de tristeza en su pecho.

—Parece como si quisiera que lo siguiéramos.

—No estoy segura de eso —respondió mamá—, pero creo que esa es la calle correcta. —Puso en marcha el automóvil y siguieron al cuervo hasta la casa del abuelo John.

Aunque no habían ido de visita desde hacía mucho, la casa estaba exactamente igual a como Hedy la recordaba: tres pisos de cantera pálida con un techo oscuro que se elevaba en punta hacia el cielo. Sobre el techo había animales de piedra labrada y una torre pequeña que mamá dijo que se llamaba belvedere o mirador, y que fue construida para tener una vista panorámica, pero la niña pensaba que era una torre para vigilar la llegada del enemigo. Al fondo del porche sombreado había una puerta negra y el jardín, protegido tras una cerca de hierro forjado, estaba cubierto de hojas y nieve. El lugar no tenía el bullicio de su propia casa, ni el de las de sus amigos, pero no podría decirse que fuera hostil y era más como si el hogar del abuelo John se tomara un largo tiempo para pensar antes de empezar a hablar.

El cuervo blanco que los condujo hasta la casa —Hedy estaba segura de que sí los había llevado hasta allí— voló al techo y se acomodó entre las estatuas pequeñas de seres fantásticos, como dragones y grifos.

La chica le dio un codazo a su hermano y apuntó a una de las ventanas del piso superior, donde estaba el abuelo con su pelo blanco que salía de su cabeza en crestas despeinadas. La sonrisa en su rostro reveló sus arrugas y él se alejó de la ventana hasta que desapareció de su vista. Un instante después, y con más

rapidez de la que podría tener cualquiera para recorrer esa distancia, ya estaba abriendo la pesada puerta delantera. Spencer se quedó con la boca abierta, en tanto que Hedy parpadeó por la sorpresa.

El abuelo John se alisó la camisa con la mano y ágilmente dio una vuelta completa hasta encontrarse de nuevo frente a ellos. Para sorpresa de todos, llevaba ahora una corbata de colores brillantes.

—Damas y caballeros —dijo con su profunda y cálida voz—, bienvenidos.

Los niños rodearon a su abuelo para darle un abrazo; como siempre, olía a mentas y humo de pipa. En secreto, Hedy midió qué tan alta era y le agradó descubrir que ahora alcanzaba el tercer botón de la camisa de su abuelo.

—Abuelito —gritó Spencer de inmediato—. Si me corto un dedo, ¿puedes volvérmelo a pegar con magia?

El abuelo John le tomó las manos y las acercó a su rostro para verlas de cerca.

—Todos tus dedos parecen estar en su lugar. ¿Por qué lo preguntas?

—Hedy no cree en la magia —afirmó el niño.

—Bueno —respondió el abuelo—, podría decirse que no es sensato creer en la magia.

Hedy se sorprendió con la respuesta, porque su abuelo había sido un mago famoso.

En ese momento, el abuelo John volteó hacia ella y la observó durante un largo rato, como si quisiera decirle algo, pero no pudiera encontrar las palabras.

—¿Verdad que se parece a mamá? —dijo su madre, que había bajado del coche para alcanzarlos. Hubo un momento de incomodidad en el que ni ella ni el abuelo John estuvieron seguros de en cuál mejilla besarse o de si simplemente debían darse un abrazo, y entonces el abuelo carraspeó.

—Más que nunca —dijo.

Hablaban de Rose, la abuela de los chicos, y ese era un tema que casi nunca trataban porque ella había desaparecido cuando la mamá de Hedy era todavía una niña. Parecerse a su abuela fue algo que dio a Hedy una leve sensación de satisfacción, hasta que se dio cuenta de que los ojos de su abuelo brillaban por las lágrimas. La niña pensó que había provocado que la extrañara, pero antes de que pudiera decir algo, papá ya había apilado la última de sus maletas y se acercaba a saludar al abuelo con un apretón de manos. El momento para hacer preguntas había pasado.

El vestíbulo no parecía haber cambiado desde su última visita, hacía tres años. Una de las paredes estaba llena de cabezas esculpidas y estatuas labradas, y en la pared contraria, arriba de una consola, había dos

grandes pinturas con marcos dorados. Hedy puso su teléfono en la orilla de la mesa. Era un teléfono «nuevo-viejo» que le había dado su papá para que lo usara mientras ellos no estuvieran.

Cada uno de los cuadros en la pared era el retrato de una persona con cuerpo humano, pero con cabeza de animal: uno era de una zorrilla y el otro, un hombre con cabeza de urraca. Estaban vestidos con ropa realmente anticuada y llevaban puesta una extraña colección de artículos que incluían joyería, guantes, fruta y un cuchillo pequeño. Curiosamente, también había objetos modernos en las pinturas: un cubo Rubik, unas llaves y un CD de una banda llamada The Smiths.

—¡Mira, eso es de mi equipo favorito! —exclamó Spencer mientras apuntaba a una gorra del West Ham pintada en la esquina. De inmediato le tomó una foto con la cámara Polaroid que llevaba a todas partes desde su cumpleaños.

—Espero que no les importe compartir cuarto —dijo el abuelo—. Me temo que no tuve tiempo de despejar más que un dormitorio.

Eso atrajo la atención de los niños y Hedy tuvo el presentimiento de que sus vacaciones iban a pasar de aburridas a francamente odiosas.

—Pero yo tengo mi propio cuarto en casa —dijo esperanzada.

—¿Qué tiene de malo que compartas cuarto conmigo? —se quejó su hermano.

Hedy volteó al techo con una mirada de exasperación.

—Hueles a cola de chango.

—¡Eso quiere decir que vas por allí oliéndoles la cola a los changos! —contestó Spencer entre risas.

—¡Oigan! —protestó su mamá mientras agitaba un dedo frente a ellos—. No quiero nada de peleas, y si no se portan bien seguirán compartiendo habitación cuando regresemos a casa. Ahora lleven esas maletas a su cuarto.

Con un suspiro, Hedy volteó para tomar el teléfono y frunció el ceño al ver que este ahora estaba al fondo de la mesa, recargado contra la pintura de la zorrilla y con los audífonos casi metidos dentro del cuadro. ¿Spencer lo acababa de mover?

—Vamos, Hedy —le gritó papá desde lo alto de las escaleras—. No te olvides de traer tu almohada.

La niña revisó sus audífonos en busca de rastros de pintura, pero no encontró nada, así que tomó sus cosas y corrió detrás de los demás.

—¿Por qué todas las puertas son de colores diferentes? —le preguntó Spencer al abuelo, mientras este los guiaba por las escaleras.

—En algún tiempo este lugar fue un hostel y tal vez esa era una forma de ayudar a los huéspedes a que recordaran cuál era su habitación —respondió.

Su dormitorio tenía una puerta azul claro desteñida y en su interior había dos camas ya tendidas. A pesar de que se sentía muy tranquilo, en el aire se percibía un aroma fresco a lavanda. Sobre las paredes había mapas enmarcados de todos los continentes, además de ilustraciones de famosas estructuras antiguas de todo el mundo, como las pirámides de Guiza y la Gran Muralla China. Al pie de cada cama había un gran baúl, lo bastante grande como para que los niños pudieran ocultarse dentro.

Spencer corrió hacia la cama más cercana a la ventana y gritó:

—¡Esta es la mía!

—Voy a la cocina a prepararle un té a su abuelo —dijo mamá—. Cuando terminen de guardar sus cosas nos alcanzan allá abajo. ¿Okey?

—Pero no toquen nada cuando bajen —les indicó el abuelo—. Aquí hay cosas que están encerradas por una buena razón. ¿Me entendieron?

Aunque lo habían escuchado miles de veces durante el camino hasta allí, la voz del abuelo John tenía un tono de advertencia que aplacó a los niños y ambos asintieron.

—Sí, abue.

Para desempacar, Spencer se metió en su baúl y volteó de cabeza su mochila, dejando que todas sus cosas cayeran alrededor, pero la bolsa no se vació por completo y cuando la levantó para sacudirla por última vez, un calcetín lleno de canicas le cayó en la coronilla. Hedy movió la cabeza con un gesto de desaprobación por la conducta descuidada de su hermano.

—Oye, pero ¿no que el abuelito tiene como seis recámaras? —preguntó—. ¿Por qué no puedo tener mi propio cuarto?

—El abuelo ha coleccionado montones de cosas a lo largo de los años —respondió papá mientras estudiaba un buque de guerra metido dentro de una botella—. Es probable que los otros cuartos estén llenos de cosas.

Los ojos de Spencer se iluminaron.

—¿Colecciona cosas para hacer su magia?

—Spence, solo son trucos —dijo Hedy—, no es magia real.

—Hijo, tu abuelo ya no practica mucho la magia —aclaró su papá.

—No desde que la abuela se fue —añadió Hedy.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendido su padre.

—Una vez oí que tú y mi mamá estaban hablando de eso. —Su abuela se mencionaba tan pocas veces que la chica ponía mucha atención a cada

comentario sobre ella, aunque se supusiera que no debía escucharlo.

—¿Qué tiene que ver la magia con la abuela?
—preguntó Spencer y papá lanzó un suspiro.

—No lo sé, Spence —contestó papá, pero la niña pensó que él sabía más de lo que decía—. Vamos. Tendrán un par de semanas para hacerle todas esas preguntas y apuesto que habrá unas cuantas cosas interesantes que el abuelo les contará.

La cocina tenía una apariencia ordenada muy diferente a la desorganización del resto de la casa, como si alguien más estuviera encargado de ella. Estaba bien restregada y ventilada, con ventanas que daban al jardín trasero lleno de nieve y otra puerta que conducía al cuarto de lavado. El abuelo John estaba sentado frente a una mesa de roble con una taza de té y jugaba con un par de pequeñas esferas de acero que paseaba entre sus dedos. Las movía arriba, abajo y alrededor, como si estuvieran bailando, y Spencer corrió a su lado con expresión de asombro y la mirada fija en ellas. Brillaban bajo la luz y se perseguían una a la otra en torno a las muñecas y palmas de las manos del abuelo, hasta que, de pronto, desaparecieron. Mamá y papá aplaudieron, y el abuelo le sonrió al niño por encima de su taza.

—¡Dijiste que ya no hacía magia! —le dijo triunfante Spencer a su hermana.

—Eso no es magia —respondió la niña—, sino saber hacer cosas fantásticas con las manos. ¿Verdad, abue?

—Así es —dijo el abuelo—. En esta casa no se hace magia, solo trucos —añadió, pero más parecía estar recordando una regla que no debía romperse.

Mientras comían unas rebanadas de pastel de limón, mamá revisó con el abuelo una página de instrucciones acerca del asma de Spencer; les suplicó a los niños que se abrigaran y les recordó por centésima vez que no tocaran las cosas del abuelo.

Entonces llegó la hora en que sus padres debían irse y, de pronto, Hedy sintió que la maraña de tristeza se asentaba de nuevo en su corazón. En el porche se despidieron con un abrazo y, cuando Spencer y mamá empezaron a llorar, Hedy descubrió que también estaban a punto de brotarle las lágrimas. Incluso papá tenía los ojos un poco rojos.

—Cuida de Spence —le susurró al oído—. Los veremos en Noche Buena.

—Sí, papá —contestó Hedy mientras veía que su mamá le susurraba algo a Spencer que lo hizo voltear hacia ella, asentir y fingir una sonrisa de valentía.

El pequeño auto rojo tosió al encenderse y sus padres agitaron los brazos por las ventanillas para des-

pedirse, hasta que dieron vuelta en una esquina y desaparecieron de su vista.

—¿Qué te dijo mamá? —le preguntó Hedy a su hermano.

—Que tengo que cuidarte —respondió, al mismo tiempo que se ajustaba la gorra peluda de aviador que papá le había dado antes de irse y luego levantó el brazo para tomarle la mano al abuelo John—. Y que los dos tenemos que cuidar del abuelo.